

La Venta de Vargas

En la Venta de Vargas hay un cuerpo en delirio,
rubia de otoño la muchacha danza
y la lumbre del vino inventa telarañas de estrellas descendidas.

La muchacha rubia de caderas de humo,
la muchacha rubia de cintura de agua,
de pechos de copas de vino quemado
sembrando en el aire la flor de la danza;
la muchacha rubia levanta los pechos
y el gitano cojo de altura de caña quebrada
eleva su cuerpo y queda en el aire su leve silueta de azul telaraña.

Parecía un sapo el otro gitano,
el gitano gordo de la cara ancha, de las piernas cortas y barriga baja;
parecía un ángel el gitano gordo cuando le clavaban cuerdas de guitarras
y sus piernas cortas eran como alas subiendo en el ritmo loco de las palmas.

El otro gitano tenía la cara de un muñeco roto
pero su garganta era como un vaso preñado de abejas
y un largo gemido de manos sedientas tocaban cinturas que se deshojaban.

Cádiz a lo lejos dormido en la arena.

San Fernando azul tendía sus redes de sal y guitarras.

MANUEL PACHECO

De mi libro inédito «LAS PALABRAS SUELTAS».

Zurbarán en el Casón del Buen Retiro



HACE sesenta años que Madrid no veía a Zurbarán en exposición, desde Mayo de 1905, cuando se hizo la primera nacional de sus cuadros. Luego, en 1953, otra en Granada; en la primavera de este 1964 es Sevilla, en la Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Hoy, celebrando el tercer centenario de su muerte, Zurbarán vuelve a estar de moda. Porque antes de ahora los gustos estéticos iban por distintos caminos. Zurbarán era casi desconocido entre nosotros. Únicamente el Museo de Bellas Artes de Cádiz, y la Sacristía del Monasterio de Guadalupe, en presente permanencia, sabían hablar de Zurbarán. Pues incluso, el del Prado tenía en olvido sus diez cuadros de la serie «Trabajos de Hércules», y el de «Defensa de Cádiz contra los ingleses», muchos años encarcelados en los sótanos —luego de haber tenido sitios preferentes hasta primeros de siglo—, mientras arriba, en diversas Salas, aparecían colgados los de San Francisco de Asís, Santa Casilda y San Pedro Nolasco. Algo es algo, ya el catálogo de 1963 registra veintidós zurbaranes.

Pero lo bueno siempre es eterno. Hoy hablan los críticos de su modernidad permanente, como Gregorio Prieto, el paladín incansable de nuestros días; y Lafuente Ferrari, de que es el último descubrimiento del mundo internacional. Para él se ha abierto ahora el Casón del Buen Retiro, el Museo del Prado le dedicará una Sala y, lo que es más importante, las escuelas modernas le reconocen como el pintor de todos los tiempos.

Francisco de Zurbarán era extremeño, lo cual quiere decir sencillo y religioso. Por ser sencillo jamás se exhibió en palacios y cortes, en festejos; ni fue ostentoso, teatral ni vanidoso. Siendo de ferviente religión, sus pinceles iban siempre de la mano de Dios. Cuando alguien se preguntó el por qué de tanto tiempo ignorado, la explicación brota sin titubeos: porque trabajando en silencio, recatado, lejos del mundanal ruido, nunca quiso hablar de sí más que lo que hablase por sí misma su pintura; y porque sus cuadros representaban el ideal hecho vida, al alma eterna en cuerpos de barro, santos y vírgenes, flores y frutos de la naturaleza, en vez de sacar a escenas mujeres desnudas al estilo de algunos famosos.

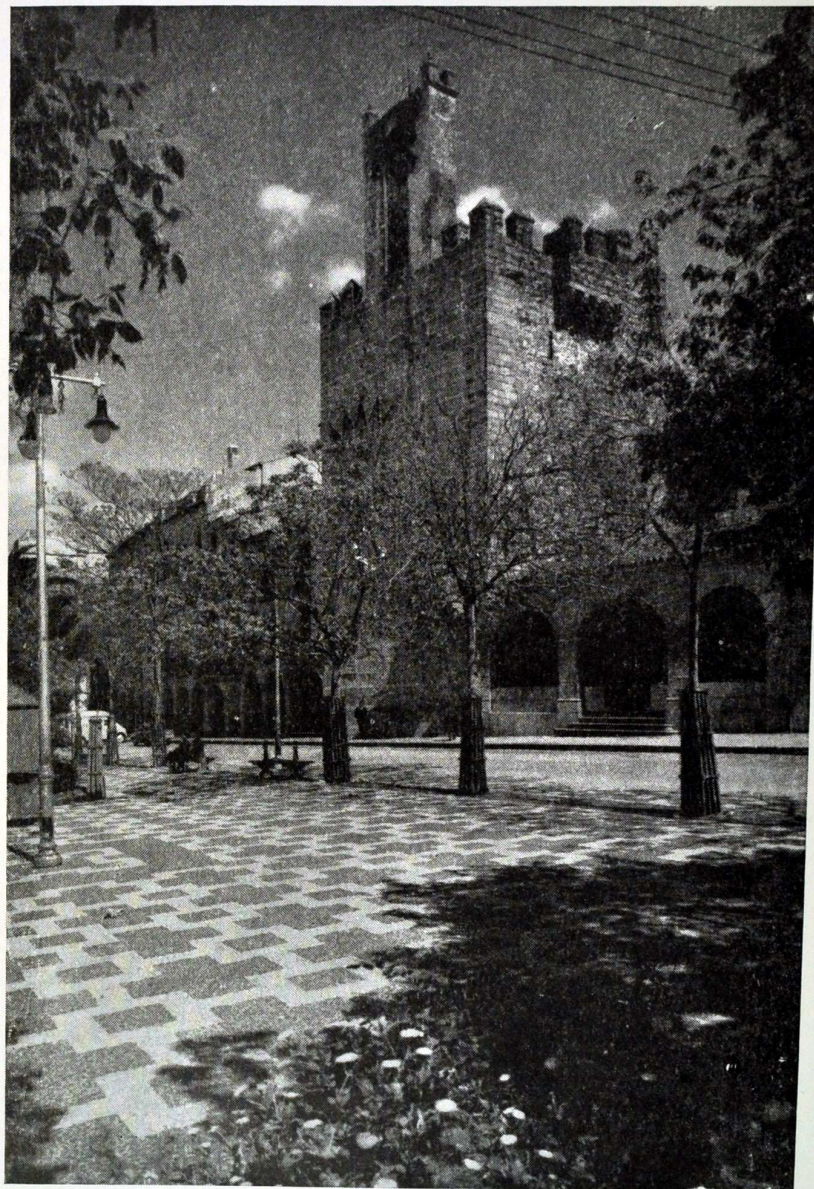
Pero ésta no es bastante explicación. Zurbarán tiene algo más. Tiene algo de los otros y mucho propio. Es curioso conocer las confusiones sufridas por buenos críticos hablando de su arte. Así, pri-

mero Antonio Palomino, como luego repite Ceán Bermúdez, le advierten influencias de Caravaggio por los claroscuros que califican al tenebrismo; Paúl Leford insiste en encontrarle modelos tomados de Roelas y de Herrera el Viejo; Elías Tormo lo pone a la zaga de Velázquez, a la vez que niega su paternidad de la mayoría de los lienzos sobre Hércules. Mas no en vano el mundo da vueltas sobre su eje, y la verdad, como el sol, vuelve a relucir cada día.

Lo más peregrino del caso está en conocer por dónde vienen y a dónde van los caminos de la vida. Nada menos que entender toda una lección de filosofía de la historia. Desandemos siglo y medio para contemplar dos calamitosos sucesos de la España decimonónica: la invasión de los franceses y la desamortización de Mendizábal; de los cuales nacieron tantos desastres como hemos padecido en lógica consecuencia del liberalismo implantado contra el sentido democrático tradicional. Pues de esas dos calamidades vino la fama internacional de Zurbarán. No es que sin ella seguiría desconocido su valor pictórico, no; porque tarde o temprano hubiese llegado la reivindicación, tras la misma encadenada evolución de las artes plásticas. Ahora bien, la cosa fue así; Las rapiñas del mariscal Soult, en la Sevilla de 1910, llevaron a París los más estupendos cuadros que había pintado Zurbarán para la Catedral, la Cartuja de Santa María de las Cuevas y la Merced Calzada; y con veinte de ellos abrió exposición diez años después. Gustaron mucho los cuadros, tanto que en la siguiente década Luis Felipe de Orleans encargó al baron de Tailor viniese a España para llevarse, por precio barato, los magníficos lienzos de que estaban siendo despojados conventos e iglesias, en aquel vergonzoso abandono que hizo el Gobierno del patrimonio nacional. Y el año 1838, mientras nuestros mejores hombres morían en la guerra carlista, se inauguraba la Galería Española del Louvre con cuatrocientos cuadros, ochenta y dos de ellos de Zurbarán. Algo tienen aquellos frailes y aquellos bodegones cuando críticos y artistas, merchants y gran público se entusiasmaban. Teófilo Gautier le dedica preciosos versos. Benoit le llama pintor del alma tranquila y pura. Laugée, Bourdier y Wachsmulth le siguen, pintando a su aire. Boissieu, Masson y Manet se inspiran en el San Francisco meditando. Sus naturalezas muertas, sus flores y frutas en cerámicas y platas, servirán de modelo a Cezanne. Juan Gris siente sus influencias en el naciente cubismo. Y los monjes de Vázquez Díaz buscan la línea del cuadro de «San Hugo en el refectorio».

La clave de la fama zurbanesca tiene su secreto. Es éste: aprendizaje entre imagineros y pintores, reciedumbre de su carácter extremeño, síntesis de las técnicas sabidas y sentido humanamente idealista del arte.

A los dieciséis años de edad Zurbarán coge el camino de Sevilla y se presenta en el taller de Pedro Díaz de Villanueva, recomendado y auxiliado por el cura y la comadrona del pueblo, como si ambos parteadores de almas y cuerpos simbolizasen la esperanza creadora puesta en él. Allí aprende el bulto de las formas, el modelado de las figuras, el estofado de los vestidos. De aquí que sus cuadros, como



ALBUM EXTREMEÑO.—Cáceres.—Torre de Abu-Jacob (Bujaco. Siglo XII)
Antes de la reforma. (Foto Ediciones Arribas)

cualquier escultura de Montañés o la Róldana, tengan espacio, cuerpo y tacto, aire y volumen, peso y fortaleza.

El carácter extremeño le marca, señala indeleblemente, el espíritu de religiosidad de su arte, tan humano como divino, de equilibrio entre naturaleza y gracia, de concentración reflexiva que le hace observar figuras y gestos, de naturaleza con limpios cielos sobre campos de ocres y verdes. Bien clavados sus pies en el terruño, en la familia y en la tradición. Extremadura aparece siempre presente en los monjes llenos de vida trascendente; en las ingravidas expresiones de Cristos y Vírgenes, tal como deben estar en la misma gloria; en sus honestas mujeres, tan vestidas y reciamente femeninas; en los fondos de árboles, nubes, sierras y valles, realistas en grado sumo, sin asomo de teatralidad ni artificios.

Síntesis de estilos es su estilo. Zurbarán sintió influencias e influyó en otros pintores. Fue aprendiz y maestro. Unitariamente supo conjugar gustos y tendencias. Este es su mérito, y en esto está la explicación de su permanencia actual. En Zurbarán todo es equilibrio de forma y color, de trazo y luz. Su técnica es tridimensional, con iniciales términos de grandes superficies, marfileñas o escarlatas, hendidas por sombras de pliegues vigorosos; de adornos, arabescos y cenefas de estofado imaginero; y figuras humanas ágil y firmemente modeladas, cuyos cuerpos quieren salirse del cuadro; con tonos oscuros en segundos planos, de cortinas y columnatas en rectos perfiles, haciendo resaltar los ocres, blancos y sanguinas de las figuras protagonistas, a la vez que anuncian la profundidad de los últimos términos, conseguida por la luz crepuscular que rebrilla entre detalles arquitectónicos o de paisajes camperos. Porque Zurbarán supo combinar los elementos tradicionales con los progresivos, y perfeccionando al mismo tiempo las técnicas conocidas da soluciones nuevas a la forma y al color, al espacio y al clarooscuro, imprimiendo un definitivo sentido de síntesis.

Además, como remate y coronamiento, su arte está pleno de idealismo realista o de realismo idealista. Para él todo arte, y como tal la pintura, viene de Dios y lleva a Dios. Si sus cuadros representan hombres, sean santos, frailes, príncipes o héroes, toda la carga plástica de la naturaleza humana tiene que ir rebosando un afán de vida que continuará en el más allá de los mundos.

No resulta, pues, extraño que Zurbarán esté de moda. Porque dio forma concreta a las construcciones del espíritu, que es precisamente el fundamento del arte moderno. Superado ya el sentido angustiioso del informalismo y de los abstractos, que hacen evadirse las ideas, vuelven los pintores a comprender la finalidad de la belleza, la de no gustar por sí sino por el ideal a que sirve. Entonces se dan cuenta de que en pintura, como en todas las manifestaciones estéticas, e igualmente en las éticas que en las jurídicas y las religiosas, hay que volver a las fuentes de la tradición. En Zurbarán está la fórmula que buscan las escuelas sinceramente preocupadas por el problema espacial de las artes plásticas, la impresionista, la cubista y la surrealista. Conjugar forma y color, para conseguir los máximos efectos con

los mínimos elementos, es la clave oculta que se viene persiguiendo desde las Cuevas de Altamira. Pero no hay que andar mucho para encontrarla. La llave del secreto se halla muy cerca de nosotros. Lo mismo por Sevilla que por Cáceres se llega bien a Fuente de Cantos, en la Extremadura de Badajoz. Allí nació Francisco de Zurbarán y Salazar, un día de primeros de Noviembre de 1598.

Zurbarán fue el primer pintor que, sobre el soporte de extensas áreas, para servir figuras modeladas con soltura y energía, puso colores intensos y luminosos; consiguió profundidad y volumen, sin someterse a perspectivas de punto fijo ni a disciplinas geométricas; y dio a los rostros humanos expresiones tranquilas, de paz de conciencia, que sabiéndose en cuerpos pasionales llenan de amor, dulzura y fortaleza el andar por la vida terrena, seguros de alcanzar después feliz existencia. Quien bien lo tiene estudiado, Paúl Guinard, ha dicho que su pintura aparece como una vuelta al estado de gracia.

ANTONIO AGUNDEZ

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanicismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO I

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Queipo de Llano, 23. Navalморal de la Mata. (Cáceres) a Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA»

AMADA ENEMIGA

A la señorita Ventura Durán Andrada,
poetisa de alto y sereno vuelo.

I

¡Cómo me ronda el valor
mi más amada enemiga
y cómo tenaz hostiga
mi fortaleza interior!

Tengo sin foso el castillo
do mora el alma angustiada,
la barbacana tapiada,
abierto y franco el rastrillo,

expedita la poterna,
sin almenas la muralla...
¡Todo esperando se halla
tu lustral visita eterna!

II

No me espanta, Muerte, ver
tu figura tan temida
consumiéndome la vida,
que el morir es mi nacer;

y es mi existencia la espera
continua de tu llegada,
tan segura y tan amada,
que da vida verdadera.